

Cuando en Francia, antes de promulgarse la ley, se discutía sobre el divorcio, fué moda entre nosotros también discutir sobre esa cuestión en libros, artículos y dramas.

¡La cuestión del divorcio! Yo he creído siempre que esa cuestión es de las que debemos tener todos resuelta en nuestra conciencia.

Toda la cuestión es: ¿Sois creyentes en la santidad del matrimonio como sacramento de la Iglesia? Si no creéis, ¿os conviene creer en ella, por consideraciones de honorabilidad y de respetabilidad sociales? Entonces, no hay que hablar de divorcio. Las verdades y las mentiras, cuando se cree en las primeras y se aceptan las segundas, hay que aceptarlas con todas sus consecuencias.

¿No sois creyentes? ¿Creéis que vuestra conciencia vale más que todos los convencio-

nalismos sociales? Entonces no os caséis. Ya tenéis resuelta la cuestión del divorcio.

Lo que no se puede es aceptar todo lo que sean derechos ó conveniencias nuestras y protestar contra todo lo que sea deber y sujeción; pedir que la Iglesia santifique nuestra unión como un sacramento, imponer nuestro amor al respeto de todos, y después, cuando nos cansamos de amar... que la ley nos abra puerta franca y la sociedad siga respetuosa con nuestras veleidades amorosas.

El matrimonio no es sólo santo porque es amor, sino porque del amor nacen deberes que le santifican.

El amor puede olvidarse; los deberes que del amor nacieron no pueden ser olvidados.

El sentido moral de las gentes comenta con ligereza y hasta suele reirse cuando es un matrimonio sin hijos el que se separa por cualquier desavenencia.

Sólo mira con gravedad y vitupera ó compadece cuando del matrimonio hay hijos.

No es el amor perdido ó traicionado lo que importa; es el deber, son los hijos.

Esta es toda la cuestión del divorcio que no pueden resolver las leyes. Las leyes pue-

den castigar, precaver en lo posible los efectos de nuestros odios. Pero no pueden obligarnos al amor, no pueden violentar nuestros sentimientos.

La ley castiga el infanticidio, el abandono despiadado de una criatura. Pero no castiga, antes defiende y ampara del misterio, á la madre que deja á su hijo en el torno de los expósitos. Como no puede obligar al amor, procura evitar el crimen.

Del mismo modo, su intervención en el matrimonio ha de limitarse á evitar delitos, á proteger la vida de los cónyuges y de los hijos.

Las leyes pueden llegar á conceder la separación, pero nunca deben autorizar un nuevo matrimonio. No son los esposos, son los hijos los que hacen indisoluble el vínculo.

Lo que pretenden los partidarios del divorcio es el derecho á presentarse con sus amantes ante el mundo y ante sus hijos, con el título de esposos. Pues bien: que tengan ese valor sin necesidad del título. Cuando su *mundo* les apruebe y sus hijos no les rechacen, ¿para qué necesitan de una ley que los autorice?

Por muy autorizados que estén para contraer nuevo matrimonio, si no tuvieren razón para ello, la gente les pondría siempre mala cara y los hijos no perdonarían nunca.

No es la ley la que puede dar el visto bueno moral ni social á estas uniones. Sólo el corazón de los padres y de los hijos puede pronunciar, de acuerdo, la verdadera ley del divorcio.

Todos hemos conocido hijos que han respetado al amante de su madre ó á la amante del padre más que á su propio padre ó que á su misma madre. Bastaba con que los amantes fueran dignos de su respeto; bastaba con que hubiera razones para que la madre ó el padre no lo fueran.

En estos casos, ¿qué podía añadir la ley al sentimiento? No es ley de jueces: es ley de hijos, la ley del divorcio.



XXI

Mauricio Donnay ha estrenado en la Comedia Francesa una obra, *Le menage de Molière*. No es la primera obra dramática en que el inmortal autor-comediante figura como protagonista. Aparte innumerables apropósitos, estrenados cada año para conmemorar el aniversario del natalicio de Molière, Jorge Sand escribió una obra cuyo asunto eran las desventuras conyugales del gran cómico. No recuerdo el nombre del autor alemán que escribió otra, muy celebrada, con el título de *El Rey de los comediantes*. Con ocasión de la obra de Donnay, se ha discutido la conveniencia de sacar á luz las flaquezas y las desventuras de los grandes hombres.

¿Qué mal puede haber en ello? Yo creo que nunca los grandes hombres nos parecerán más divinos que cuando más humanos se nos parecen. ¡ Triste la luz gloriosa que no

es calor al mismo tiempo! No hay religión que no haya vestido de humanidad á sus dioses. Y no es que la humanidad haya querido así á los dioses, más comprensibles para ella; lo que anhelaba es ser ella comprensible para los dioses. Adoramos la superioridad que no entendemos; pero no admitimos la superioridad de quien no creemos que puede entendernos.

Y el artista que pretende entender de nuestras almas, ¿qué mejor prueba de su entendimiento puede darnos que su vida misma, doliente de humanidad, como nuestra propia vida?

No son nuestras palabras las que dan fe de nuestra vida; es nuestra vida la que da fe de nuestras palabras.

¿Qué valdrían los Evangelios si sólo fueran las predicaciones y las parábolas de Jesucristo, y no fueran al mismo tiempo su vida, su pasión y su muerte?

Antes que Jesucristo, hablaron filósofos y moralistas, casi con sus mismas palabras, Pero hablaron á la hora de hablar, y en las horas de vivir se olvidaban de sus palabras.

Si atendiéramos solo á sus discursos, ¿no

serían divinos casi todos nuestros hombres políticos? ¿Hubiera habido nación mejor gobernada que la nuestra?

¿Valdría el *Quijote* lo que vale si supiéramos de Cervantes que vivió rico y colmado de honores?

¿No sería grotesco y antipático Alceste, el misántropo de Molière, el caballero de los lazos verdes, si no supiéramos cuánto puso Molière de su alma en aquel lamento del corazón y de la conciencia, ante las traiciones y los engaños de Celimena:

Tout celá la raison me le dit chaque jour
; Mais la raison n'est pas ce qui régle l'amour!

Así, la razón le decía á Molière lo que él significaba para su esposa, la inconstante, la traidora Armanda Béjart. Pero él sabía también que no era justo culparla á ella sola. El noble y generoso corazón de Molière aceptaba las traiciones de Armanda porque creía merecerlas.

Amante de Magdalena Béjart, más joven que ella, cuando Magdalena se vió envejecer, cuando temió perder el predominio sobre Molière, el puesto de directora y primera ac-

triz en la compañía, cuando temió que una mujer extraña pudiera arrebatarla sus preeminencias de mujer y de artista, no halló medio mejor de asegurarse que la abdicación en su propia hija, como esos reyes que ven perdida su popularidad y por salvar los intereses de la dinastía abdicar en el príncipe heredero y se resignan á ser padres de reyes, por no dejar del todo de ser reyes.

Magdalena, para que todo se quedara en casa, como suele decirse, pasó de primera á tercera, para ser, por lo menos, segunda. Y antes de verse destronada, aceptó gustosa su papel de reina-madre.

Armanda Béjart era una chiquilla: por la edad, podía ser hija de Molière. La calumnia lo aseguró más tarde. No fué sólo esta acusación de un monstruoso incesto el único tributo que la gloria de Molière pagó á los envidiosos. También se dijo que la mujer y el marido compartían el amor de Baron, el galán joven de la compañía, tan celebrado por su varonil hermosura, que pudo, sin parecer ridículo, interpretar el papel de *El Amor*, en la comedia *Psiquis*, escrita en colaboración por Molière y Corneille para una fiesta

en el Real Palacio. En esta obra, escrita en noble emulación por el glorioso trágico, ya viejo, decadente, y Molière, en la plenitud de su gloria, el viejo autor entonó su canto de cisne en los apasionados versos de la declaración del *Amor á Psiquis*, vibrantes de pasión y de juventud; único pasaje estimable de la obra, fría, y desmayada, como toda obra de encargo y cortesana para mayor atadero de la inspiración.

Mauricio Donnay ha presentado á Molière en su obra, como al *cocú* más triste, más grande y más humano. ¿Y quién como Molière ha sabido perdonar á la juventud su feroz crueldad con los viejos? ¿Y quién como él ha sabido poner tanta amargura en el amor, á esa edad ingrata del hombre, cuando no halla en su corazón más dulce palabra de amor para la mujer, que decirle «¡Hija mía!», que es como decir «No exijo, imploro; no acusaré nunca, perdonaré siempre»?... Y por eso, Molière, que perdonó tanto, se burla sin piedad de los viejos egoístas y se complace en verlos burlados por el amor juvenil, sin compasión y sin remordimientos.

Las modistas y los modistos de Nueva York se han reunido en asamblea para protestar contra las damas elegantes que encargan sus trajes á París, con menosprecio de la modistería nacional.

De ese mismo color tenemos aquí, no un vestido, muchos vestidos; pero nuestras modistas y modistos, más hábiles y oportunistas que los neoyorkinos, toman el aire de donde sopla y procuran colocar á sus distinguidas parroquianas los trajes de hechura nacional, más ó menos copiados, como originales modelos de importación parisiense.

Es valor entendido. Nada en el mundo, un vestido de mujer mucho menos, se aprecia nunca por lo que vale, sino por lo que cuesta. Un modelo de París es... un vestido como otro cualquiera, que cuesta más que otro cualquiera.

Toda modista y todo modisto españoles, si

quieren ser estimados en algo, dos veces en el año, por lo menos, han de pasarse unos días retraídos, ya sin salir de casa, ya en algún pueblecillo ignorado, para anunciar después á su parroquia que han regresado de París con las últimas novedades y los más elegantes modelos.

Y no puede decirse que esto sea dolencia de nuestro tiempo. En todo tiempo y en todas partes, la moda ha sido siempre antipatriótica. De muy antiguo no ha habido pueblo que no haya buscado sus figurines en otros pueblos. Hasta pueblos, enemigos mortales, al guerrear, se copiaban sus modas. Cuando España peleaba contra el mundo entero, por todo el mundo se vestía á la española; sólo en España se vestía á la italiana, á la francesa ó la tudesca.

Las guerras de Napoleón impusieron la moda francesa por toda Europa; y, con la moda, el modo, que es la moda espiritual; y entre modas y modos van pasando hombres y mujeres por la Historia, en vistosa mascarada de trajes, por de fuera; de ideas, por de dentro. Figurines todos.

La misma Naturaleza, inmovible al pa-

sar de los hombres, cambia de aspecto al cambiar de los hombres que la contemplan. Los mares y las campiñas de Italia, cantados por Virgilio y Horacio, no son los mismos que cantó Shelley. La Naturaleza tiene también sus modas, porque la viste el espíritu del hombre á la moda de sus sentimientos. No se ha escrito una historia artística y literaria de la Naturaleza. Paisajes pictóricos y descripciones poéticas serían documentos históricos terminantes. Una cabal historia del traje en la Naturaleza.

La Naturaleza clásica, la Naturaleza romántica, la Naturaleza realista, y tantas otras; como una misma Música, según el sentimiento del intérprete.

Así, en el hombre, no sólo el vestido, su propia corporal vestidura es figurín que cambia á la moda del espíritu que le informa.

La continua variación en las modas es reflejo de la inquietud espiritual. Es un inconsciente deseo de transformarnos, de perder en lo que de nosotros depende, con exteriores apariencias, nuestra apariencia verdadera.

Como no acertamos á encontrarnos interiormente, queremos encontrarnos al exterior con el más agradable aspecto. Pedimos al vestido belleza para nuestro cuerpo, dignidad para nuestro espíritu.

La justicia y el valor serían estimados en cualquier traje. El deseo de ser justo necesita vestirse de toga, el deseo de ser valeroso, de uniforme. Nuestra apariencia, al persuadir á los demás, tal vez acabe por persuadirnos á nosotros mismos.

Cuando en un círculo social es imprescindible que los concurrentes tengan educación, se les exige el traje de las personas educadas: traje de sociedad.

Es indudable, el vestido educa. Por eso, es más fácil educar á una mujer que á un hombre. Observad lo pronto que una mujer de baja extracción, sin maestros y sin libros, toma aires y maneras de gran señora, con sólo un buen modisto. Todos conocemos á muchos sabios, que parecen patanes por falta de un buen sastre.

XXIII

Las iglesias madrileñas no son monumentales; no hablan al espíritu de epopeyas cristianas ni de lirismos místicos; su sentido religioso es de una religiosidad casera. No evocan figuras de guerreros ni de monjes, de grandes héroes ni de grandes santos. Son iglesias para la clase media religiosa. Se asocia en nuestra imaginación el recuerdo de alguna casa de una buena señora, donde asistíamos en nuestra niñez á ver pasar las procesiones, la salida de la Corte, los desfiles militares.

Tienen las iglesias madrileñas el aire mismo de aquella sala: con su estrado de damasco, sus consolas con garras de león y sobre ella un reloj y sus candelabros de bronce dorado, bajo fanales; dos grandes caracolas nacaradas; dos floreros de china con sus flores de cera ó de trapo; alguna miniatura ó daguerrotipo familiares; unas cajas

de dulces, ya deslucido el raso abullonado. En las paredes, cuadros de santos, un retrato de señora, con honesto descote, peinado de cocas, medallón al pecho, pendientes de coral, camafeo y lágrima; pañoleta de tul bordado y vestido azul ó morado, y en la mano un pañuelo de encaje, doblado en triángulo, rígido. Parejo, otro retrato al óleo; un buen señor, de pelo muy negro, bigote y luchana, de entallada levita ó bordada casaca de corregidor ó de intendente.

En el centro de la sala, el brasero dorado ó el velador chinesco, construido de una caja que trajo un pañuelo de Manila, como regalo de boda.

¡ Oh! Como aquella sala era religiosa, así es familiar la iglesia madrileña. En una y otra, parece que ha de tener su templo el buen sentido, el término medio, sin exaltaciones, sin turbulencias. El buen sentido de la clase media española, que tantas veces ha salvado á la Patria de violencias extremas.

Desde los balcones de aquella sala, las buenas señoras que aclamaron á Isabel II en días de gala cortesana y popular regoci-

jo, y luego, en los días revolucionarios, sin atreverse á contradecir al marido, tocado de republicanismo, aun la compadecían y se lo perdonaban todo, por española y por madrileña, saludaron años después con efusión maternal á su Príncipe de Asturias, Alfonso XII, cuando, rey de España, entró en Madrid, á restaurar la Monarquía de los Borbones liberales.

Y desde aquellos balcones de aquella sala, blancos pañuelos eran blancas palomas de bendición, en día de regios desposorios ó principescos bautizos. Y desde allí se arrojaban flores sobre el palio y sobre la custodia, en las tradicionales procesiones. Y allí se cronicaba la historia de nuestras cosas grandes y había admiración para las virtudes y honesto espanto para las liviandades.

Aquellas salas han pasado. Queda su reflejo espiritual en estas iglesias madrileñas.

En los días de Semana Santa, al visitar los sagrarios, vemos señoras como aquellas buenas señoras: con sus vestidos de gró negro, su mantilla de castañuelas, su devocionario con tapas de terciopelo ó de marfil, su rosario engarzado de filigrana, y la blan-

ca, limpísima enagua, discretamente almidonada y crujiente. ¡La proscripta enagua, que se llevó tantas cosas limpias consigo!

Son estas buenas señoras en la iglesia, como aquellos retratos en la sala familiar. Pero después, en la calle, son algo anacrónico, son tipos que solo se ven en los días de Semana Santa. Los jóvenes de ahora se ríen de ellas; no les recuerdan á su madre, que ya lo ha sido así; ni la iglesia madrileña les recuerda la sala familiar.

Y el caso es que, muchos de estos jóvenes, sin recuerdos familiares ni religiosos, son conservadores. ¿De qué? Si no tienen nada que conservar. Mejor les estaría ser liberales, puesto que todo han de adquirirlo.

En estos días de fiestas tradicionales, todo el mundo debiera vestir con algunas modas de retraso. Sería así un reposo, un alto en la vida, una ilusión de no envejecer, al no pasar...

Por eso, cuando en estos días, todos salen á ver al mujerío joven, á las *chicas*, hay quien prefiere ver á las señoras mayores, á las buenas señoras, que tan bien armonizan con la iglesia madrileña, prolongación en

lo religioso de aquella sala familiar, donde asistíamos de niños á ver pasar las procesiones y las salidas de la Corte y los desfiles militares. Desde cuyos balcones vimos la entrada de Amadeo, la entrada de Alfonso XII, su boda con la reina Mercedes, su boda con la reina Cristina, la entrada de las tropas, al terminar la guerra del Norte, procesiones de Semana Santa, del Corpus, del Dos de Mayo, la cabalgata histórica del centenario de Calderón... ¡Cuántas páginas de Historia grande y chica, como el Dios de las procesiones! Y para grabar indelebles en la memoria estas páginas, ¡las bandejas de dulces con sus yemas escarchadas y su floripondio clavado en un tocino de cielo! ¡Los sorbetes de fresa y mantecado en las cajas azules...!



¡Tantos sitios vacíos y tan fiero empujar por un sitio! ¡Tantos puestos vacantes y disputarse los puestos ocupados! Y es que, en esta bendita tierra, sólo caemos en la cuenta de que había un lugar aprovechable cuando le vemos aprovechado.

Así vivimos en continua hostilidad: el que trabaja se siente envuelto en una atmósfera de odios, de insidias, combatido por todos los que, sin trabajo, quisieran ocupar el puesto donde se trabaja.

No se dice: «Yo debiera estar ahí, porque soy tanto como el que está.» Se piensa: «Si yo estuviera ahí, sería tanto como él».

No se hacen méritos para lograr el puesto; se pretende el puesto para tener merecimientos.

—¡Qué grandes cosas haría yo, si me nombraran ministro!—piensa el uno.

—¡Qué plan de campaña trazaría yo, si me nombraran general!—piensa el otro.

—¡Qué dramas escribiría yo, si me los representaran!

—¡Qué artículos yo, si me los publicasen!

Pero, ni el uno ha pensado las grandes cosas, ni el otro ha estudiado sus planes, ni este ha escrito sus dramas, ni el otro sus artículos.

¿Para qué? Si todos los puestos están ocupados. El puesto es todo. ¡Si los puestos estuvieran libres!

El que trabaja, trabaja asediado; pierde lo mejor de sus energías en defenderse. Así cunde tan poco el trabajo.

Nadie trabaja tranquilo. Hasta el pensador ha de convertir en ametralladora la mitad de su pensamiento. De dos libros, uno ha de ser arma arrojadiza. Se siembra con una mano y se dispara con la otra.

Toda nuestra labor es labor de inquietud, de zozobra.

A tal punto, que la paz nos parece menosprecio, y más estimamos el valor de nuestra obra por el odio de los enemigos que por la admiración de los amigos.

El día que no nos sentimos odiados nos parece que no hicimos nada de provecho.

Un día de paz descorazona, acobarda. ¿Será que el enemigo se disfrazó de amigo? Y cuando no se oye el tiroteo, se piensa en el puñal escondido traidoramente.

¿Quién trabajará con amor, si sabe que ha de recibir odio en pago?

Y menos mal que, como entre todos nos encargamos de hacer desdichados á los hombres de talento, estamos seguros de que no son dichosos. ¡Pobres de ellos, si sobre tener talento supiéramos que eran felices! Sería para matarlos.

Y menos mal, también, que también estamos seguros de que si tienen talento no es por mérito suyo: es... por suerte, por chiripa, por haber encontrado un puesto... ¡Oh! ¡El puesto, el puesto sobre todo!

Pero, nosotros, en su puesto, hubiéramos valido más, mucho más.

¡Si cualquiera hubiera sido Cervantes, cualquiera se hubiera contentado con escribir el *Quijote*!

—Yo, en el lugar de Fulano..., que me pusieran á mí en su lugar, ¡ya veríamos!

No quisiéramos ser como el otro. ¿Qué vale el otro? Quisiéramos estar en su lugar; eso sí.

La vida del santo, ¿qué importa? Lo que importa es que está en el altar. Si yo me viera en un altar ya me tendrían por santo.

Es lo que dicen los autores noveles á los empresarios cuando les rechazan una obra: «¡Vaya! Que si esta obra fuera de un autor aplaudido, ya le parecería á usted buena».

Porque ellos no aspiran á que la obra sea buena: basta que lo parezca.

Por eso miran al lugar: en el lugar del otro, ellos pudieran parecer el otro.

¡El lugar, el lugar es todo! La persona, ¿qué importa?

Sin embargo, el lugar estuvo mucho tiempo vacío y nadie reparó que allí había un lugar hasta que lo vieron ocupado, y entonces, todos dijeron: «¡Ya nos han quitado nuestro puesto! ¿Qué podemos hacer ahora si nos han quitado nuestro sitio?»

Por eso son tantos los que no trabajan, ni estudian, ni piensan. ¿Para qué? ¡Si les han quitado el sitio!

XXV

Después de haber celebrado el centenario de Dickens, Inglaterra se dispone á celebrar el centenario de Roberto Browning.

Roberto Browning no es muy conocido fuera de Inglaterra. En su misma patria no es popular su nombre. Había escrito muchas de sus mejores obras y sólo era conocido de algunos críticos, y no para encomiarle, ciertamente.

Roberto Browning nació en el año 12 del pasado siglo. Murió en Venecia en 1889.

Diríase predestinación: los más gloriosos poetas de Inglaterra mueren lejos de su patria, en tierras de sol.

Roberto Browning era casi mulato por atavismo. Quizás al referir su historia, tal vez al recitar sus versos... ¿no son los versos la verdadera historia de los poetas? Como á Desdémona, Otelo, consiguió enamorar á Isabel Barret, delicada criatura, cuerpo enfer-

mizo, doliente de esa fiebre incurable, que bien pudiera llamarse fiebre de aclimatación; aclimatación dolorosa de un espíritu, en la tierra, lugar de su destierro.

Isabel Barrett era poetisa. La mejor poetisa de Inglaterra; quizás del mundo. Para el que había de ser su esposo, escribió sus sonetos, que ella publicó después con el título de «Sonetos portugueses».

¡Pudor británico! Quiso que parecieran traducidos. Los sonetos son tan apasionados como conceptuosos; dos cualidades al parecer antagónicas. El verdadero sentimiento implica sencillez en su expresión, suele creerse. Todo lo contrario; la exaltación del sentimiento lleva consigo una exaltación del pensamiento, y el hombre más rudo, si la pasión le acalora, halla para expresarse, conceptos de una finura y sutileza que nos sorprenden y tal vez nos mueven á risa, por lo extraños y lo inesperados. Más en lo espiritual que en lo material, no hay calor sin luz, ni fuego sin llamarada.

¿Dónde más verdadero sentimiento que en los escritores místicos y dónde más alambicados conceptos?

No hay figura retórica que no sea expresión de un sentimiento espontáneo; aunque después las figuras retóricas hayan servido para falsificar el sentimiento.

Isabel Barrett y Roberto Browning se casaron. El padre de Isabel no perdonó nunca á su hija su matrimonio con el mulato, como él llamaba siempre á su yerno.

La frágil salud de Isabel, les llevó á Italia; allí vivieron mucho tiempo y allí escribieron sus mejores poesías. Browning fué paciente y cariñoso enfermero. Fué, además, el señor y la señora de la casa. La delicada criatura de ensueño no podía ocuparse en nada. ¿Fueron felices? ¡Inglaterra es tan respetuosa con sus nombres gloriosos! Como guarden siquiera las apariencias sociales, nadie se da por entendido. Es preciso que el escándalo atruene, como en Byron, como en Oscar Wilde, para que la opinión pública señale y castigue.

¿Quién se da por enterado de los sonetos de Shakespeare? No pueden ser más claros, pero... ¿Qué importa? ¡Alegorías poéticas, caprichos imaginativos, alusiones tal vez, cuyo significado no comprendemos!

¿Quién ha murmurado nunca en Inglaterra de los sonetos de Tennyson, *In memoriam*? ¿Qué son muchos sonetos y fué mucha amistad la que inspiró tantos sonetos?... *Honni soit qui mal y pense!*

Algunas desavenencias debieron perturbar el matrimonio de poetas, Barret-Browning.

Primero, la mujer era más conocida y estimada que el marido. Poco á poco, la gloria del marido, igualaba, en opinión de muchos superaba, á la de su esposa.

Disentimientos religiosos, eran buen pretexto para encubrir, al descubrirse, la rivalidad inevitable.

La poesía de Isabel, titulada *Valediction*—no deja duda sobre el particular.

Lo cierto es que, jamás en el mundo, unió el matrimonio dos nombres más esclarecidos.

Roberto Browning es uno de los grandes poetas de Inglaterra. Un noble espíritu de frialdad aparente á los ojos del vulgo, que no acierta á percibir lo efusivo del corazón, sí parece reposado en la serenidad del entendimiento.

Obscuridad, si hay mucha en la obra de

Browning. En Inglaterra hay Sociedades dedicadas á interpretar y desentrañar el sentido de estas obscuridades.

Había en Browning un profundo sentido religioso. Un amplio sentimiento de las grandes intuiciones teosóficas; únicas que pueden satisfacer á la inteligencia, si por ser verdadera inteligencia, no se resigna á confinar entre unas cuantas afirmaciones positivas, que son en realidad, negativas, sólo por ser limitación de la inteligencia.



La distinguida señora de *** en su casa y fuera de su casa.

En casa.—Necesita un portero. Condición: casado, pero sin hijos. ¿Con chicos? De ninguna manera. Los chiquillos... que juegan y lloran y alborotan en la portería... No puede ser.

Fuera de casa.—Es secretaria de una Sociedad protectora de los niños; contribuye á una Gota de Leche y cose para un Roperio de niños pobres.

En casa.—Ordena al mayordomo que despidiera inmediatamente á una doncella, en quien ha creído advertir señales de próxima maternidad. ¡Son cosas que no pueden tolerarse! Ella no se ha interesado nunca por la muchacha, nunca ha sido para aconsejarla, ni se ha cuidado nunca de los peligros que pudiera correr en su casa ó fuera de ella... Pero, ¡aquello! ¡Oh! ¡Aquello!

*La distinguida señora de *** en su casa y fuera de su casa.*

En casa.—Necesita un portero. Condición: casado, pero sin hijos. ¿Con chicos? De ninguna manera. Los chiquillos... que juegan y lloran y alborotan en la portería... No puede ser.

Fuera de casa.—Es secretaria de una Sociedad protectora de los niños; contribuye á una Gota de Leche y cose para un Roperio de niños pobres.

En casa.—Ordena al mayordomo que despidiera inmediatamente á una doncella, en quien ha creído advertir señales de próxima maternidad. ¡Son cosas que no pueden tolerarse! Ella no se ha interesado nunca por la muchacha, nunca ha sido para aconsejarla, ni se ha cuidado nunca de los peligros que pudiera correr en su casa ó fuera de ella... Pero, ¡aquello! ¡Oh! ¡Aquello!

Fuera de casa.—Cargo importante y de faroleo en la Asociación contra la trata de blancas; ídem, ídem, en la Sociedad protectora de las madres desvalidas.

En casa.—La servidumbre duerme en aposentos sin ventilación, el trabajo está regulado por los caprichos de la señora. Si la tertulia de noche se prolonga hasta la madrugada, los criados precisos velan toda la noche y después han de madrugar para atender al servicio, limpieza de habitaciones, etc. Cocheros, lacayos y *chauffeurs* aguantan heladas, lluvias y ventiscas, horas y horas. La alimentación de la servidumbre es por contrata con el cocinero, y el que no consigue captarse la simpatía del jefe, anda á media ración, por lo regular.

Fuera de casa.—Juntas de Sanatorios y Ligas antituberculosas.

En casa.—A los oficiales y jornaleros encargados de trabajos, obras y reparaciones, se les paga un jornal muy regateado. ¡Abusa de un modo esa gente! Todo hay que ajustarlo antes ¡desde que la gente baja lee periódicos!... Y ¡esa Casa del Pueblo!

Fuera de casa.—Funciones de beneficencia

cia para los pobres de la parroquia; limosnas y donativos á vagos y holgazanes, con tal de que cumplan con la Iglesia y lo pidan por Dios. Todo lo que sea Caridad y nada que sea Justicia. ¡Es natural!; la Justicia no luce tanto ni hay por qué agradecerla... con ser más rara virtud que la Caridad.

En casa.—En las comidas íntimas, en las sobremesas, delante de los criados, se murmura de los amigos, se cuenta su vida y milagros, se ridiculiza á los ministros y á personajes más altos; en suma, se siembra indisciplina social.

Fuera de casa y... en casa también.—¡Esta Prensa que no respeta la vida privada! ¡Vivimos en plena anarquía! ¡El pueblo que lee estas cosas! ¡No se respeta ni lo más respetable! ¡Con estos gobiernos que se llaman liberales!

En casa.—La señora recibe á distinguidos judíos y luteranos y se despiterra por ellos, si son gente de viso.

Fuera de casa.—Firma exposiciones contra el Gobierno para impedir que se autorice la apertura de una sinagoga ó de una capilla protestante.